

ARGOS EN EL INFIERNO DE LOS PERROS: una mirada cínica a la identidad desde Fernando Vallejo

RESUMEN

El artículo analiza el tema de las identidades latinoamericanas en *Peroratas* (2013), del escritor colombiano Fernando Vallejo. Desde una perspectiva deconstructiva, la identidad se piensa como imposible en la medida en que se opone a la diferencia. A su vez, la diferencia como elemento irreductible de los sujetos individuales y colectivos se articula con las implicaciones teóricas de la metáfora de la mirada para establecer la metáfora misma como identidad.

Palabras claves: Fernando Vallejo, identidades, mirada, metáfora, autoficción.

ABSTRACT

The article analyzes the portrayal of Latin American identities in *Peroratas* (2013), by the Colombian writer Fernando Vallejo. From a deconstructive approach, identity is deemed impossible to the extent in which it opposes difference. At the same time, difference, irreducible in individual and collective subjects, is articulated through the theoretical implications of the metaphor of the gaze, in order to establish the metaphor itself as identity.

Keywords: Fernando Vallejo, identities, gaze, metaphor, autofiction.

“Si fuere necedad, perdonadla...”

Yo querría, como Sor Juana, pedir perdón por estos borrones míos. No sé escribir y uno no debería meterse a hacer lo que no sabe. Pero no soy una monja ni sé un carajo de retórica, de manera que me voy a conformar con pedir paciencia. Aunque pensándolo bien, decía Derrida que el perdón es del orden de lo imposible, que sólo se puede dar ahí donde es imposible perdonar. Siendo así, y a la vista de que esto ya va resultando imperdonable, pido perdón a todo aquel que lo leyere.

**Mauricio
Chaves.**

Filólogo, estudiante de la
Maestría en Literatura Lati-
noamericana en la Universidad
de Costa Rica.
rmao.cf@gmail.com

An Earthling named Delmore Skag

Y si no soy una monja, ¿quién soy? Pues bien, en primer lugar soy un terrícola: an Earthling, como si me nombrara un extraterrestre con esa ironía de Vonnegut

que esconde el hecho de ser extraños en nuestro propio mundo. Del artículo indefinido se deduce que soy un hombre y a eso le podemos agregar algunos adjetivos, no sin dilatarlos antes sobre un arrebato de lucidez barthiana que he guardado para mí como un principio ético:

Tolera mal toda imagen de sí mismo, sufre si es nombrado. Considera que la perfección de una relación humana depende de esa vacancia de la imagen: abolir entre los dos, entre el uno y el otro, los adjetivos; una relación que se adjetiva está del lado de la imagen, del lado de la dominación y de la muerte (Barthes, 2004, p. 59).

En *La cámara lúcida* (2009), él mismo puso en evidencia este vínculo inquebrantable que une la imagen fotográfica y la muerte. El eslabón que los une, ese ojo de hierro, es la mirada castradora que atraviesa el objetivo para determinar aquello que deberá hundirse en el ámbito de lo irrecuperable. Con un disparo, en un instante de luz, llegan juntas la ceguera y la muerte. El *esto ha sido* de la foto queda como una prueba de que el ser era eso que se oculta bajo la luz. Si hay un ser, si hubo un ser, solo pudo existir fuera de la mirada. La mirada, en tanto apunta a inmovilizar un objeto que se le escapa, es asesina, sicaria:

¡Tas! Un solo tiro, seco, ineluctable, rotundo, que mandó a la gonorrea esa con su ruido a la profundidad de los infiernos. ¡Cuántas veces no he pasado la escena por mi cabeza en ralentí! Veo sus ojos verdes viéndolo. Verdes turbios. Embriagados en lo irrepitable del instante. ¡Tas! Un solo tiro, sin comentarios. Alexis guardó el revólver, dio media vuelta y siguió caminando como si nada. ¿Por qué no le disparó por detrás? ¿Por no matar a traición? No hombre, por matar viendo los ojos (Vallejo, 2012, p. 26).

Así advertidos sobre los peligros de la imagen, la adjetivación y la definición en general, volvamos al que no era una monja. Podemos decir, con temor a equívocos, que además de terrícola “soy” latinoamericano, costarricense, hereditario, marxista, capitalista, de clase media, sin clase, ateo, aburrido, desilusionado, enamorado, todavía carnívoro. ¿Y eso qué significa? Significa que no sé, como tampoco sé escribir. Lo contrario supondría una identidad y la identidad no existe. Mientras, por un lado, el problema de adjetivar consiste en que se revela semejante a un proceso de disección, el inconveniente de la identidad es, más bien, el de la taxidermia. La identidad tiene la forma de una tautología: define una cosa a partir de sí misma, la fija en su apariencia más inmediata. Es matemática de escuela: x es igual a x y x es una constante, va a ser ella misma ahí donde está y en donde sea que se la ponga, a la par de otro número o medida en una raíz cúbica, por los siglos de los siglos amén. Pero este lugar no es precisamente el *Topos Uranus* ni el paraíso perdido. Aquí las cosas cambian, las personas cambian, todo es relativo. Lo supo mi bisabuelo que no fue a la escuela, pero le tocó a Einstein demostrarlo y al final lo terminó entendiendo hasta la jirafa de Monterroso.

Y ya que empezamos a hablar de animales, ¿por qué no seguimos con Fernando Vallejo? El domingo pasado me entró una desesperación tremenda por comprar uno de sus últimos libros, *Peroratas* (2013), y desafiando el peligro rampante de una espesa niebla y semáforos apagados me fui manejando hasta eso que Luis Chaves llama el Estado Separatista de Ecazú para conseguirlo. Lo compré, y una vez que me hallé con él, encontré que todos sus textos estaban en Internet. ¡Qué raro, en medio de tanta niebla no vi la nube! Sin embargo, me sentía contento. Llegué a mi casa, me lo senté en la palma de la mano como un bebé de regazos y empecé a carcajearme con él y a contarles sus gracias a mis

familiares. El libro reúne conferencias, ensayos, artículos, ponencias y otros textos ya publicados y leídos entre 1996 y 2012. En él, Vallejo insiste sobre sus temas de siempre: la inexistencia de Dios y de Cristo, los crímenes de la Iglesia y de los políticos, el crimen de la reproducción y la necesidad de compasión fraterna con los animales.

A quien le daba lo mismo “mismo y mesmo”

La identidad (o las identidades, como dicen ahora, después de verle la otra cabeza al monstruo), no es asunto que interese particularmente al colombiano. Para muestra, el desprecio que siente por Hamlet frente al Quijote. Escuchemos:

Y oigan esta otra maravilla: “Eso me semeja —respondió el cabrero— a lo que se lee en los libros de caballeros andantes, que hacían todo eso que de este hombre vuestra merced dice, puesto que para mí tengo o que vuestra merced se burla o que este gentilhomme debe de tener vacíos los aposentos de la cabeza”. Entonces el gentilhomme, que es nadie más y nadie menos que don Quijote, le contesta: “Sois un grandísimo bellaco, y vos sois el vacío y el menguado, que yo estoy más lleno que jamás lo estuvo la muy hideputa puta que os parió”. ¡Eso es hablar, eso es existir, eso es ser! ¡Ay, “to be or not to be, that is the question”! ¡Qué frasecita más mariconcita! ¿Hamlecitos a mí? ¿A mí Hamlecitos, y a tales horas? (Vallejo, 2013, pp. 92-93).

¿El problema de las identidades? Esas son vagabunderías de los académicos. ¿Idiay? ¿Entonces? ¿Cómo es que se escribe sobre un tema en un autor sin que este lo haya considerado antes formalmente? ¿Estiramos el texto? ¿Lo volvemos impertinente, una perorata? ¿Por qué no? Ya nos arreglaremos. Por lo pronto, digamos que se requiere una aproximación oblicua, especular, sesgada, mirona. No se trata de lo que Vallejo diga o deje de decir, sino de cómo afinamos el ojo para verlo. El ojo que señaló como la parte del cuerpo que no envejece. El que mata y muere. La ventana del alma.

“¡Ay, Clarita, por Dios, qué locura, se te corrió la teja!”

Otros sí se han ocupado de la tarea voyerista de hacerse ver mirando: José Cecilio del Valle, Martí, Rodó, Reyes, Vasconcelos, Henríquez Ureña, Paz, Fernández Retamar, García Márquez, Carpentier, Rojas, Fuentes y un sinnúmero de otros. A todos los afaná la necesidad de encontrar el elemento que armara de una vez por todas el rompecabezas de lo latinoamericano. La cosa era encontrar el nudo, no importaba dónde. Esto los llevó a explorar muchas dimensiones del fenómeno: la política, la cultural, la étnica, incluso la espiritual, lo que sea que quiera decir eso.



Sin título.
Josué Chaves
Técnica: Ilustración digital
Año: 2015

Cada uno aportó lo que pudo y dejó su huella: José Cecilio y Martí nos legaron la nostalgia de lo que pudo haber sido América Latina de no haberse ido separando en unas cuantas fincas; Rodó imaginó un lugar de ideales basados en la Grecia clásica y el cristianismo; Fernández, por el contrario, una tierra materialista y bárbara que se opusiera sin reservas al dominio externo; Vasconcelos creyó que el destino latinoamericano era mezclarse hasta producir una raza nueva fundada en el amor; por último, Reyes nos dejó el retrato de un Anáhuac majestuoso que parece más el sueño de un viajero errante que lo visitara. Así, figoneando por la cerradura de sus cerebros fueron viendo lo suyo, escribiendo sus visiones en papeles que iban enrollando y tirando por el ojo del palastro hasta que alguien los notara del otro lado y los reprendiera por su perversión.

Hasta ahora, ningún sabio ha bajado del cielo a decirnos a ciencia cierta cuál de todos tuvo la idea más absurda. Para empezar con José Cecilio y Martí, a quienes estimo sobremanera, dejemos claro que América siempre estuvo fragmentada, desde antes de la conquista, que terminó de quebrarla en mil pedazos. La división es una gran manía del ser humano: todo el mundo se las quiere dar de autónomo. Sobre todo los ricos, que han dependido siempre de sus esclavos los pobres. Aunque eso es lo de menos porque, ¿a quién se le ocurre juntar a los griegos con Cristo? Como anotó Bierce en su magnífico satanario, los griegos se inventaron a Dionisos para emborracharse sin culpa, mientras los cristianos se inventaron a Cristo para azotarse con ella. Veinticinco años después de Rodó, a Vasconcelos se le soltó el tornillo y lo juntó con Darwin, el refutador del Génesis. Y cuando se pensaba que no había más allá, llegaron los teólogos de la liberación a juntar a Cristo con Marx. Es que en estas cosas la humanidad sí progresa...

Al lector que, habiéndome perdonado una vez, ya se comienza a impacientarse porque no termino de profundizar en Vallejo, le advierto que hace rato Vallejo ha estado hablando a través de mí. No por conexión inalámbrica, como aseguran tener los cristianos en sus oraciones, sino por el milagro de la intertextualidad y la representación. Como yo no sé escribir, desde el principio me puse a jugar a que era Vallejo y, de esa forma, imaginando qué diría él y que no, me ayudé a lanzar esta travesura, este pueril mamarracho incoherente. Baste con leerlo siguiendo la cadencia del colombiano antioqueño, con el que un par de veces han confundido mi dialecto costarricense. Es tanto así que, aunque estoy seguro de no ser Sor Juana, no estoy tan seguro de no ser Vallejo. No obstante, voy a intentar desdoblarme para puntualizar algunos argumentos. Pero un momentito: con tanto enredo, ¿no será que soy Borges? Qué va, no creo, aún no estoy tan ciego. Y si lo fuera, ¿cuál de los dos sería? ¡Qué locura! Juro que no he estado fumando nada.

“Que cada quien hable por sí mismo, en nombre propio, y diga lo que tenga que decir”

Pues bien, el primer punto al que me voy a referir es quizá tan evidente como medular. La tradición ensayística que mencionamos a partir de José Cecilio del Valle procuró determinar, digámoslo así, el gen de lo latinoamericano. De alguna manera intentó tomar la palabra para hablar sobre la esencia de todos nosotros, para hablar por todos. Quiso ser la voz del subcontinente. En ese matarile han seguido un chorro de dizque estudiosos hasta la fecha. Vallejo, por su lado, solo se refiere a sí mismo, dice yo por todas partes, a diestra y siniestra, como si le fuera en ello la vida. En otras palabras, opone la subjetividad a la identidad colectiva, pues para él no se puede conocer nada fuera de lo que uno mismo ve con sus propios ojos. De aquí sus ataques contra los narradores omniscientes,

entre ellos uno que ya mencionamos y que forma parte de la discusión identitaria: Gabriel García Márquez, a quien le dice:

Gabito: No te preocupés que vos estás por encima de toda crítica y honradez. Vos que todo lo sabés y lo ves y lo olés no sos cualquier hijo de vecino: sos un narrador omnisciente como el Todopoderoso, un verraco. Y tan original que cuanto hagás con materiales ajenos te resulta propio (Vallejo, 2013, pp. 303-304).

Vallejo sustituye el “nosotros” por el “yo”, al cual llamamos subjetividad y no identidad personal porque la identidad implica mismidad, propiedad, certeza de sí, y tanto él como nosotros estamos partidos, condenados a la ignorancia y a la duda. Ante esta precariedad vale más la posición quijotesca de inventarse un carácter. *To be or not to be*, ser o no ser latinoamericano. ¡Ser, carajo, y lo que nos dé la puta gana que así como vamos la cosa está muy aburrida!



En uso de esa libertad espléndida

Aun así, el colombo-mexicano, como él se autodefine, no nos niega algunas palabras sobre Latinoamérica. El último reducto de la libertad, así la llama. Ante todo de la libertad de palabra, pues en ninguna otra parte ha podido afirmar con holgura que Dios no existe y que si existe es malo, que Cristo no existió tampoco y que el cristianismo es una empresa criminal. No lo pudo hacer en Europa, donde la gente le tiraba los audífonos de traducción simultánea al tiempo que pronunciaba “La Patagonia, el fin del mundo”, tampoco en medio del fanatismo de los norteamericanos y mucho menos en los países musulmanes. En América Latina, en cambio, todavía algunos aplaudimos sus blasfemias.

Empero, no todo son halagos para el mal llamado Nuevo Mundo. De la misma manera en que dice “Yo”, también dice “Colombia”, que es lo que vivió, lo que ama y lo que conoce, algo que nosotros podemos extender al resto de Latinoamérica dado el caso de que nuestros países se parecen más de lo que quisieran. Para Vallejo esto es el Infierno: un desierto hacinado de degradados morales donde todo el mundo es diferente excepto cuando come, caga o se reproduce. De esta identidad orgánica es de donde nos viene tanta miseria. Sobre todo la moral porque aquí el que se encuentra con el otro lo mata o se lo come, como hacemos todavía con los animales.

La otra miseria, la económica, viene de ahí también: de la mala costumbre de la también mal llamada democracia, el sistema perfecto para alcahuetear a los pillos saqueadores del Estado en concubinato con la Iglesia que, con la misma boca con que les mama la teta, llama a sus ovejas carnívoras a reproducirse. La Iglesia no sabe nada de nada, ni de identidad, ni de ética, ni de matemáticas, ni de sexo, porque una vez que aparecen las nuevas bocas no hay comida ni quién les dé de comer, a pesar de que todos reciban de Dios su diaria porción de aire, cuya purificación ya se le va haciendo difícil al Creador.

Una tercera miseria tiene lugar en el empobrecimiento lingüístico del español. Para el centenario de la muerte de Rufino José Cuervo, el segundo beato del

Sin título.
Josué Chaves
Técnica: Ilustración digital
Año: 2015



Sin título.

Josué Chaves

Técnica: Ilustración digital

Año: 2015

se nos ensucia el alma, eso que nos concedió Las Casas. Que se ensucie, Fernando, si de por sí es un trapo ajeno, una sotana de cura que nunca ha estado adentro sino afuera, separándonos la vida del cuerpo. Al cabo que, como decís vos, este idioma va para donde van el libro y el mundo, que es para donde vamos nosotros: para la nada de donde vinimos. Ahí sí nos vamos a encontrar todos.

“Sin acabar de irme, sin saber quedarme, sin saber por qué”

Todavía hay más. En el discurso “A los muchachos de Colombia” aparece un detalle importante: el destino de los colombianos es irse de su país huyendo de la violencia y del subdesarrollo. Rojas Mix (1991) aseveró que los inmigrantes ayudaron en gran medida a formar Latinoamérica, tanto que se constituyeron en nuestro cuarto abuelo. Pues bien, nuestro cuarto abuelo nos heredó la maña de viajar. Los latinoamericanos vivimos nostálgicamente, en el sentido más propio de la palabra: como Odiseo, añorando el regreso a una casa que nunca hemos tenido. ¿Cuántos se han ido? ¿Cuántos sueñan con irse? ¿Quién no tiene en la familia a alguien que vive “afuera”? En mi familia, durante las fiestas del fin de año, siempre reservan un momento para agradecimientos y oraciones, en las cuales piden, sin excepción, por los que no están, para que estén bien y Dios los proteja. A todos se les empañan los ojos. ¡Claro que están bien, si ninguno regresa! A nosotros, siempre viendo por las ventanas buscando el otro lado, el afuera nos crece por dentro como un vacío silencioso.

Estas cosas pasan en Latinoamérica, pero no somos eso, no podemos ser eso. Vallejo asegura que todos estos problemas forman parte del lastre infame de la Conquista y la Colonia. España vino con su Iglesia y entre las dos perpetraron el Genocidio de América, maquillado todavía en nuestras escuelas con el eufemismo de encuentro de culturas. Los muertos de trescientos años de violaciones dejaron suficiente abono para lo que seguía: la Independencia. Aquí sí echaremos mano de la nube, ya que aunque se habla del tema en *Peroratas*, se sintetiza mejor en una entrevista reciente, publicada en línea:

Cuando estalló la independencia, al abrigo de la invasión napoleónica de la península, los españoles se fueron con lo que pudieron y san se acabó el asunto, dejándonos en pago un espíritu burocrático de tinterillos públicos y la plaga del

santoral que inició canonizando a Cervantes, Vallejo lamenta la contaminación del vasto río de la lengua, ahora enturbiado con anglicismos aceptados parsimoniosamente por la iglesia del idioma: la RAE. Así el idioma sea, como todo río, un objeto cambiante y escurridizo, dedicado a la pillería, nada justifica que se lo empuerque con “un toper por ejemplo, o un CD, o un spray, un celular, un bolígrafo, un *qué* galicado, un condón...” (Vallejo, 2013, p. 139). Mucho menos que se intente fijar, como dice el famoso lema. ¡No, si ya eso insulta la inteligencia de los marranos!, ¿o es que en alguna parte se han visto pjaras construyendo diques? Cada quien es sus palabras, y así como se nos empuerca la lengua también

cristianismo. Así que al diablo con el cuento de la madre patria. España no es patria nuestra ni nunca ha sido (Vallejo, 2013, párr. 4).

“Y punto, basta, eso es todo, no digo más porque los muertos no hablamos”

En resumidas cuentas, no hay que buscarle cinco patas al gato: América Latina no tiene identidad. Si alguna vez tuvo una, se la cortaron a punta de espada y cruz. Esto es el Infierno, lo que sobra es calor, hambre y angustia. Aquí no hay nada que nos pueda decir, esta vaina no tiene nombre. Dirán que no, que la identidad es múltiple y diversa, pero eso no es más que cristianismo: repetir, una vez más, el cuento absurdo de la trinidad. Ni dos ni tres ni cuatro en uno: aquí no hay unidad de nada, ni política, ni racial, ni espiritual, ni cultural. Enhorabuena, porque no la necesitamos. Lo que necesita América Latina es sacar del poder a los ladrones y a los corruptos. Necesita que la gente deje de parir, que haya educación, vivienda, salud y trabajo. ¡Y que haya menos curas!

Lo que sí tenemos, de cuando en cuando, son atisbos, alucinaciones, especulaciones. Con sus huellas nos inventamos ficciones. Que lo diga Lacan, para quien el “yo” no era más que una ilusión de unidad tomada de una imagen que otro nos muestra en un espejo. El yo narcisista, para ser exactos. Porque nuestra imagen real nunca la vamos a ver, nunca. Nuestra imagen es cosa del Otro, sólo el Otro nos ve como somos, y estamos todos en el ladrillo de cristal. En todo caso, sigamos el consejo de Vallejo y tiremos a Lacan al basurero. No hace falta teoría para verificar que la realidad se nos impone como una pecera muda desde donde leemos esto y somos esto que no somos. La realidad no existe y la identidad tampoco. Ambos son edificios de palabras socavados por el río del tiempo. Somos nada o casi nada: somos metáforas, de nosotros mismos y de los demás.

Bibliografía

Barthes, Roland. (2004). *Roland Barthes por Roland Barthes*. España: Paidós.

Barthes, Roland. (2009). *La cámara lúcida*. España: Paidós.

Bierce, Ambrose. (2013). *The Devil's Dictionary*. Nueva York: Dover.

Borges, Jorge Luis. (1975). *El Hacedor*. Madrid: Alianza.

Carpentier, Alejo. (1984). *Ensayos*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.

Chaves, Luis. (2010). *300 páginas*. Estados Unidos: Ediciones Lanzallamas.

Cortázar, Julio. (2001). *Historias de cronopios y de famas*. España: Punto de Lectura.

Cortez, Beatriz. (2010). *Estética del cinismo*. Guatemala: F&G Editores.

Cruz de la, Sor Juana Inés. (2001). “Respuesta de la poetisa a la muy ilustre Sor Filotea de la Cruz”. En: *Obras Completas*, tomo IV. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.

- Fernández, Roberto. (1979). *Calibán y otros ensayos*. La Habana: Editorial Arte y Literatura.
- Fernández, Roberto. (2004). *Todo Calibán*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica.
- Fuentes, Carlos. (2002). *En esto creo*. México D.F.: Seix Barral.
- Fuentes, Carlos. (2011). *La gran novela latinoamericana*. Madrid: Santillana.
- García, Gabriel. (2010). *Yo no vengo a decir un discurso*. México D.F.: Mondadori.
- Henríquez, Pedro. (1998). *Ensayos*. Madrid: ALLCA XX.
- Lacan, Jacques. (2009). *Escritos 1 y 2*. México: Siglo XXI.
- Lacan, Jacques. (2010). *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lavolé, L. & Pragier, I. (Productores). Safaa Fathy. (Director). (1999). *D'ailleurs, Derrida*. (Documental). Francia: Gloria Films.
- Martí, José. (1991). *Nuestra América*. La Habana: Instituto Cubano del Libro.
- Paz, Octavio. (2000). *El laberinto de la soledad*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Reyes, Alfonso. (2004). *Visión de Anáhuac y otros ensayos*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Rodó, José Enrique. (1985). *Ariel/Motivos de Proteo*. Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho.
- Rojas Mix, Miguel. (1991). *Los cien nombres de América: Eso que descubrió Colón*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica.
- Vallejo, Fernando. (2012). *La virgen de los sicarios*. México: Punto de Lectura.
- Vallejo, Fernando. (2013). *Peroratas*. México: Alfaguara.
- Vallejo, Fernando. (2013). "Fernando Vallejo: 'La RAE publicó 22 ediciones de un diccionario acientífico, monárquico y clerical'". Recuperado de: http://www.revistaenie.clarin.com/literatura/Fernando-Vallejo-Peroratas-idioma-espanol_0_981502201.html.
- Vasconcelos, José. (1999). *La raza cósmica*. Heredia: EFUNA.
- Vonnegut, Kurt. (2011). *Breakfast of Champions*. En: *Vonnegut: Novels & Stories 1963-1973*. Estados Unidos: The Library of America.
- Ziering, Amy (Productora). Ziering, Amy & Dick, Kirby (Directores). (2002). *Derrida*. (Documental). Estados Unidos: Zeitgeist Films.